

suave, como el que imprimen las primeras luces del crepúsculo en las tersas hojas de la rosa blanca.

Aquella mujer que dos dias antes tan abatida y triste vimos penetrar en la Acordada, ahora se la ve plácida y contenta, como un sér feliz que recobra su salud y su lozanía.

Parecia una de esas flores que caen abatidas sobre su tallo pálidas y místicas, y que al sentir el benéfico influjo del rocío, se levantan enhiestas y olorosas, ostentando los brillantes colores de la primavera.

Y así era en efecto: el encuentro de Enrique, el interes que se habia tomado por su suerte, las palabras de bondad y de esperanza que habia pronunciado, su desinteresada generosidad, y el aprecio, en fin, de una persona que podia hablarle á todas horas de los objetos mas caros de su corazon, reanimaron su decaído espíritu, y comunicaron al alma la vida y la frescura que se retrataban en aquel momento en su celestial semblante.

¿Quién duda, que la piedad, la deferen-

CAPITULO VII.

Continúa la historia de Pilar.

Enrique volvió al siguiente dia á visitar á la desgraciada Pilar, deseoso de conocer los tristes acontecimientos de su cautiverio en poder del infame Rossi.

La jóven estaba ocupada en coser un humilde vestido de su uso, á la vez que atendia á la hornilla en que preparaba la modesta comida que tenia que llevar á la Acordada al sonar las doce.

En su semblante brillaba cierta alegría pura, cierta mezela de modestia y de bondad, de dulces y melancólicos recuerdos, y de esperanza religiosa que comunicaba á su delicado cútis un color animado, pero

cia y la caridad son para los desgraciados, lo que el rocío para las flores y las plantas?

Pilar al ver á Enrique le tendió la mano con el cariño de una hermana, y no pudo, ni quiso disimular el placer que experimentaba al verle, porque estaba segura de que aquel placer no seria interpretado siniestramente por el jóven de rectos principios que la visitaba.

—Tenga vd. la bondad de sentarse, generoso amigo:—le dijo señalando una silla—esta plazuela se halla tan retirada del centro de la ciudad, que el venir hasta ella es un verdadero sacrificio que yo sé apreciarlo en todo su valor.

—Para mí es satisfaccion y no sacrificio el visitar á las personas que aprecio, por larga que sea la distancia que separe nuestras casas.

—Lo comprendo así, y por lo mismo lo agradezco doblemente.

—¿Y por qué en vez de calificar de aprecio el que vd. llama sacrificio en visitarla, no lo atribuye vd. á curiosidad poco generosa?

Dijo Enrique sonriendo con afabilidad.

—¡Ah!... porque eso está tan lejos de su corazon, como de mi pensamiento imaginarlo.

Contestó Pilar con toda la franqueza y sinceridad que prestan la conviccion de lo que se dice.

—Tiene vd. razon; y le doy á vd. las gracias por la justicia que hace á mis sentimientos.

—Ojalá todos los hombres abrigaran los generosos principios que á vd. adornan.

—Aunque no tengo mérito alguno para aspirar á colocarme en el círculo de los denominados buenos, tampoco creo que me corresponde la línea en que está colocado el pérfido Rossi.

Contestó con aire jovial y sin pretensiones de santidad el valiente Enrique.

—¡Rossi!... ¡Ah! ¡crerá vd. que la sombra que vimos señalarse en la puerta, y que vd. salió á ver quién la formaba, era de él?

—¿Será posible?

—Sin duda alguna; estoy persuadida de ello.

—Pero ¿cómo?

—Porque apenas salió vd., penetró ese hombre, para echarme en cara mi ingratitude con él, y la deferencia con la nueva visita que habia recibido.

—¿Y sabe vd. si me conoció?

—Lo ignoro, porque no pronunció nombre alguno.

—Entonces no me vió seguramente el rostro al salir, porque de lo contrario me hubiera nombrado, pues tiene motivos para conocerme.

—¿Tambien á vd.?

—Sin duda. Pero dejando esto y volviendo á los asuntos de ayer, ¿no tendrá vd. la bondad de continuar la interesante historia que quedó interrumpida?

—Con mucho gusto, D. Enrique.

—Mil gracias.

—Crea vd. que en referirla está interesada, como dije á vd. ayer, mi delicadeza de mujer, y el deseo de presentarme á los ojos de las personas como vd., digna de lástima y de compasion, ya que no del aprecio que se digna dispensarme.

—Yo, Pilar, desde que la vi á vd., solo tengo labios para elogiarla, y corazon para respetar sus virtudes.

—¡Ah!... cuánto consuelo vierte vd. en mi alma con esas palabras de benevolencia y de caridad, D. Enrique.

—No se detenga vd., pues: crea vd. que estoy vivamente interesado en conocer esa historia que no se puede escuchar sin admirar á vd., y sin sentirse lleno de indignacion hácia el monstruo que la hizo á vd. víctima de su venganza.

—Voy, pues, á satisfacer el deseo de vd., para cumplir, primero, con un deber de la amistad, y segundo, con una exigencia de mi corazon.

—Escucho á vd. con el mas íntimo afan.

—Yo me propuse, al verme sin defensa ninguna en Chalco, sola en la casa á que me condujeron, y despues de las nuevas proposiciones de Rossi que rechazé indignada como dije á vd., me propuse, repito, á morir de hambre y de sed, temiendo que en el agua ó la comida me sirvieran mi deshonra. Firme en este propósito, al traerme

el criado de Rossi el alimento, le dije que no lo tomaba, y avisase á su amo mi resolucion en perder la vida sin llevar á mi boca ni un bocado ni una gota de agua.

Dia y medio pasé de esta manera, acosada por una sed devoradora que me hacia olvidar el hambre que tambien era terrible. Mi verdugo, que temia ver desaparecer su víctima sin conseguir sus depravados fines, se alarmó al persuadirse de mi irrevocable determinacion, y entró él mismo á mi cuarto á la hora de la comida, para asegurarme que nada recelase: que negarme á comer era suicidarme; y al decir esto hizo que el criado colocase sobre la mesa la comida, un vaso y una botella de bruñido cristal llena de agua.... ¡Ah!.... D. Enrique.... yo tenia una sed devoradora!.... Por una gota de aquel delicioso líquido, hubiera dado diez años de mi vida!.... El hambre me era menos insoportable.... pero la sed.... la sed, D. Enrique, es el tormento de los condenados!... El hambre debilita el cuerpo y lo destruye insensiblemente.... la sed... la sed le atormenta á uno hasta el último

instante que alienta!... mis entrañas estaban secas como la yerba bajo el sol abrasador canicular!... Rossi conoció mi imperiosa necesidad, y vertió en el limpio vaso el agua apetecida para que excitara mas y mas mi insoportable, terrible y abrasadora sed.... Mis ojos se fijaron en el vaso con una ansiedad sin término... Mi mano, subordinada á la imperiosa necesidad de la naturaleza, se alargó para cogerlo... El rostro de Rossi no marcó ninguna sensacion.... permanecié inalterable, como indiferente á la resolucion que yo tomase. Sin embargo, bajo aquella indiferencia creí descubrir el regocijo de una alma infernal... las yemas de los dedos sentí entonees abrasadas al contacto del cristal que oprimian... leí en el fondo del vaso mi consentimiento criminal... y horrorizada, retiré la mano exclamando: "¡Nunca... nunca...! la muerte antes que acercar á mis labios el agua que esconde mi vergüenza!....

—¡Ah!... ¡El cielo le inspiraba á vd., Pilar: el cielo le prestaba á vd. fuerzas para vencer al monstruo!....

Dijo Enrique exaltado de entusiasmo con el heroico rasgo de aquella interesante jóven.

—Rossi—continuó Pilar—no pudo disimular su enojo; levantóse airado de la silla, me miró con ojos frenéticos, y me amenazó con la muerte. Ciego de ira exigió por la última vez mi resolucion definitiva, y al escuchar mi repulsa, rechinó los dientes, dejó escapar una terrible imprecacion, y salió cerrando tras sí la puerta con la mayor furia. Yo quedé aterrada, elevando mi corazon á la Madre del Salvador pidiéndole ayuda, y un rayo de esperanza inundó de repente mi corazon.

—¡Cómo!

Exclamó Enrique con la mayor ansiedad.

—Rossi, ciego sin duda por la desesperacion que le causó mi resistencia, al cerrar de golpe la puerta, se olvidó de echar la llave.

—¡Dios mio!

—Yo, entonces, dudando aún de la realidad, me lancé con la velocidad del pensamiento á ella, la empuje, y la encontre

abierta. ¡La Reina de los cielos habia acogido mi súplica!... Llena de inquietud, de esperanza y de zozobra, salí del cuarto, andando sobre las puntas de los piés para no hacer ruido y conteniendo la respiracion. Pero yo ignoraba la salida que conducia á la calle, y al dar unos pasos, me encontré enfrente á un gabinete abierto en que estaba Rossi; yo me estremecí al verle, y casi estuve á punto de caer al suelo.... por fortuna estaba de espaldas y no me vió. Retrocedí asustada, andando hácia atrás, hasta llegar á un corredor que conducia á una azotea... La voz de Rossi que llamaba á su criado, llegó entonces á mi oido... “¡Sin duda me busca!...” pensé para mí, y quedé helada.... Poco despues escuché el ruido de los pasos de alguno que se acercaba por el corredor.

—¿Le descubrieron á vd?

—Nada podia salvarme... era indispensable que quien viniera por allí me viese... Entonces me acurrugué lo mas que pude, pegándome casi á la pared, detras de una destiladera de agua que en el estrecho cor-

redor habia; los pasos se oyeron mas cerca... y poco despues ví que se acercaban Rossi y el criado, buscándome y hablando de mi fuga... Yo sentí crispase mis nervios y espeluznarse mi piel... La ropa de mi perseguidor pasó rozando con la mia... yo me estremecí y sacudí la destiladera... Rossi volvió la vista al ruido... pero iba demasiado preocupado, y nada vió... Al verlos entrar en la azotea, eché á correr hácia el rumbo que ellos habian traído... poco despues me encontré en la escalera que la bajé precipitadamente... Pero ¡oh fatalidad...! era imposible salir sin que me descubriera el portero!... ¿Qué hacer?... los momentos eran preciosos... La menor irresolucion podría perderme. Yo me resolví á aventurarlo todo, y me dirijí resuelta al portero: "El señor Rossi llama á vd., le dije:—¿A mí?... contestó. Y sin reflexionar en nada, ó tal vez ofuscado por disposicion de la Providencia, subió la escalera sin sospechar nada, en tanto que yo corria por las calles, creyendo á cada instante que me seguian.

Enrique, cuyo corazon habia estado opri-

mido durante el último período de la relacion de Pilar, respiró libremente al juzgarla fuera de peligro.

—Continúe vd., continúe vd.

Dijo impaciente por saber el desenlace.

Pero el reloj del Cármen sonó las once en aquel momento. Pilar suplicó á Enrique le permitiera ir á la Acordada, y la relacion volvió á quedar interrumpida.

CAPITULO VIII.

Lo que verá el lector.

Matilde y María pasaron sin dormir casi toda la noche hablando cada cual de todos los trabajos que habia pasado en su vida.

La primera, refirió sencillamente y con aire jovial que, la mujer con quien se habia criado, habia huido de San Angel, segun despues supo, con un cómico de la legua, con el cual se casó al fin en Zacatecas; que á ella, en cuanto supo hablar la hicieron salir á las tablas cuando habia en el drama algun niño ó niña, para lo cual la ponian el traje que pedia el papel: que creciendo en aquella carrera y ya jóven, empezó á desempeñar papeles de dama, recibiendo aplau-

sos sin número y valiosos regalos: que al cabo de algunos años, estando próxima á morir aquella á quien hasta entonces habia tenido por madre, la declaró que no era su hija, y que la medalla que llevaba al cuello, se la habia colocado la verdadera madre; y concluyó la historia contando los amores con Mignel; la indiferencia de éste para con ella; los zelos que esta indiferencia habian despertado en su corazon, hasta venir á descubrir, queriendo cometer un crimen, la existencia de una hermana á quien desde entonces amaria ardientemente.

Aquella relacion acabó con un torrente de lágrimas que vertieron las dos hermanas abrazándose tiernamente.

—¡Ah!... ¡cuánto bueno me ha venido por haber leído el cuaderno manuscrito donde está tu vida.

—¡Dios mio!—exclamó María asustada y poniéndose encendida como la grana.—¿Y ha visto mi primo ese cuaderno?

—No vió mas que la carta de nuestra buena madre.

—Me moriria de vergüenza si supiese

que ha llegado á leer lo que ha trazado mi pluma!.... ¡Ah!.... es preciso que yo busque el diario.

Y María se vistió en el instante.

—Aquí lo tienes tirado en el suelo—dijo Matilde alzando el cuaderno que arrojó Miguel, como vimos, por debajo de la puerta.—Ya ves que no está en su poder.

María respiró libremente.

—No quiero que sepa—dijo guardándolo en el cajon de la mesa—lo mucho que le amo.... lo que padezco por él.

—¡Y yo que te creía en posesion de su corazon, y por lo mismo la mas feliz de las mujeres.....!

—¡Feliz!.... ¡Ya ves cuán lejos estaba de serlo.....! Pero ahora lo soy porque me hallo con una hermana que idolatro.... á quien podré contar mis penas.....!

Y Matilde y María se abrazaron de nuevo con toda la efusion del cariño fraternal.

Pero dejemos á las dos hermanas entregadas á los trasportes de una alegría indescriptible y pura, y ocupémonos de Miguel.

Este habia salido á la calle con objeto de

distraerse de las ideas que habian despertado en él las expresivas páginas del manuscrito de su prima, cuando se encontró con Enrique.

—¿No sabes lo que hay de nuevo?

Le dijo éste en voz baja, cuidando de que no le oyera nadie de los que pasaban.

—Nada he oido.

—Se ha pronunciado en Jalapa contra el actual presidente Guerrero, el ejército de reserva, bajo las órdenes del vice-presidente D. Anastasio Bustamante.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo, 4 de Diciembre de 1829.

—¿Y cuál es el plan?

—Constitucion y leyes; estricta observancia de éstas, y separacion de los destinos tanto del gobierno general como de los Estados, de todos aquellos hombres contra los cuales se haya declarado la opinion pública.

—De esa manera es un cambio completo.

—El presidente Guerrero, al ver la tremenda tempestad que le amenaza, se prepara á conjurarla, pero la defecion total

del ejército le hará abandonar seguramente la capital y refugiarse en las ásperas montañas del Sur, su país natal.

—¿Y tú qué piensas hacer?

—Sabes que no participo de las ideas del actual gabinete.

—¿Y piensas unírte á los pronunciados?

—Sin duda alguna, aun cuando no fuera mas que por quitar de nuestra sociedad á un monstruo.

—¿Cuál?

—Rossi.

—¿Le has visto?

—No; pero he oido hablar de él hoy mismo á una jóven que aun persigue despues de haberla hecho desgraciada para siempre.

—¿Hablas de Pilar?

—De la misma.

—¿Y sabe su padre dónde se halla?

—No me ha parecido prudente decirselo hasta no saber la posicion que ocupa y descubrir quién es el preso al cual lleva la comida todos los dias.

—Aplaudo tu resolucion. ¿Pero qué suce-

de? ¿No ves cómo cierran todas las tiendas de comercio?

—Eso es sin duda que la tropa de Bustamante se acerca, y Guerrero dispone su fuga.

—¿Te parece conveniente que nos acerquemos á palacio para indagar lo que pasa?

—No deseo otra cosa.

—Corriente, despues iremos á casa y tomaremos chocolate juntos.

—Lo acepto por tener el gusto de estar contigo, y por ver si por fin tu prima se muestra menos esquiva.

Miguel experimentó un desasosiego indescible, al escuchar el deseo que en ver á María manifestaba su amigo, y contestó con embarazo y frialdad, palabras entrecortadas, que si no eran zelos, tenian mucha analogía con ellos.

—Bien.... puede ser que... haya cambiado....

—Es que necesito de tu ayuda.

—¿De mí?.... Bien.... ya sabes que... si de algo.... sirvo....

—Yo he hecho todo lo posible para cu-

rarme de esta malhadada pasion, pero nada he conseguido.... ¿Cómo curar los males del alma? Tu prima María es demasiado bella y virtuosa para que se la pueda olvidar.... Tú sabes que le amo, y que aunque me dispensa un distinguido cariño, su corazon no me pertenece, porque mil veces me ha dicho que es de otro.

Miguel sintió una inquietud terrible al escuchar las palabras de su amigo que aspiraba á la mano de su prima, y un placer indecible al saber que no era amado. Hasta entonces habia tenido empeño en que María correspondiera al amor de su amigo, y en aquel momento sentia una satisfaccion indecible en verle despreciado.... ¿En qué consistia aquel cambio de sentimientos?...

¿Amaba por ventura á María? Miguel mismo no podia explicarse aquel sentimiento que se habia despertado en su alma con la lectura del diario. Sin embargo, la memoria de Luisa dominaba en su corazon.

Viendo Enrique que Miguel guardaba silencio, y que no le contestaba, prosiguió:

—Tal vez he cometido una imprudencia,

porque acaso el elegido por María será algun íntimo amigo tuyo, por cuya suerte te interesas mas que por la mia.

—Aunque es cierto que me intereso por la suerte del hombre elegido por mi querida prima, te aseguro que en el mundo tú eres mi único amigo.

—Yo no trato de que violentes la voluntad de la mujer que adoro, sino que la ponderes mi única pasion, para ver si su corazon se inclina en favor mio que no puedo vivir sin ella.

—Me es imposible, Enrique, acceder á tus deseos.

—¿Será posible!....

—Es mejor que tú mismo le hables.

—Me ha prohibido tratar de ese asunto.

—Pues de esa manera....

—Pero á tí no te ha hecho esa prohibicion y puedes....

—¡Imposible, Enrique.... imposible!....

—¿Por qué es imposible?

—Porque.... porque.... No tengo valor para decírtelo; porque entonces tal vez me acusarias de egoista.

—Esó nunca.... No soy capaz de hacer-te tal ultraje: pero habla; dime por qué no puedes servirme en lo que te pido.

—Porque ese hombre á quien ella ama... ese hombre que es el obstáculo que se opo-ne á tu felicidad....

—Acaba.... ¿quién es?

—Yo.

—¡Tú!....

Exclamó asombrado Enrique. Miguel se acercó entonces á él con cariño, y le dijo:

—Si, yo, amigo mio. ¿No me dijiste un dia, que teniendo una prima tan hechicera, debia olvidar á tu querida hermana?

—¿Y lo has conseguido?

—No lo sé todavía, aunque puedo asegurarte que el cariño hácia mi prima es de otra naturaleza del que hasta hoy le he tenido.

—Doloroso es renunciar á la mujer que se ama, pero me consideraria muy feliz, el dia que supiera habian acabado los tormentos causados por mi hermana, entregando tu corazon á jóven tan digna de tu cariño, como es María.

Miguel apretó en su mano la de su amigo en prueba de gratitud, por sus nobles sentimientos; le contó en confianza lo que habia pasado con Matilde y María, el contenido del diario de la segunda, y se dirigieron á la Plaza de Armas, el uno entretenido en contar su historia, y absorto el otro de lo que escuchaba.

Allí vieron cerradas las puertas del palacio, dobladas las centinelas, coronada de soldados la ancha azotea, colocados los cañones en la plaza con direccion á la calle de Plateros, llenas de tropa las dos torres de la grandiosa Catedral, así como la azotea de la Diputacion.

La plaza estaba llena de gente, atraida por la curiosidad de saber lo que pasaba, como acontece en todos los pronunciamientos de México.

Las tiendas del puente de Palacio, del portal de las Flores, del de Agustinos y Mercaderes, de la Monterilla, Flamencos, Portacœli y Plateros, estaban cerradas.

Enrique y Miguel se acercaron á un grupo de gente del bajo pueblo, para oir lo

que hablaban con respecto á los acontecimientos que tenian lugar en aquel instante.

—¿Es decir que *se juye el señor Guerrero á tierra caliente?*

Dijo un hombre del bajo pueblo embozado en una sábana de algodón, con un gran sombrero de petate caido sobre la oreja izquierda, con objeto de taparse un enorme chirlo que le cruzaba el carrillo.

—Sí, *se juye y horita mesmo.*

—*Quere* decir que le ha entrado el *cerote.*

—Sí, valedor, y de que entra el *tata tiempos*, ya no hay hombre, como dice mi compadre D. Genovevo.

—Yo veo que todavía puede defenderse si *quere*, porque tiene *muncha* tropa.

—*Mas pior* es eso.

—¿Por qué?

—Porque segun me han dicho *endenantes*, están dispuestas á *prenunciarse*, y él *quere* escurrirse, antes que de *al tiro* le abandonen.

Miguel y Enrique, satisfechos con lo que habian oido, se dirijieron hácia la casa del primero.

Al llegar á la puerta del zaguan, que, como todas las de la ciudad estaban cerradas por temor á la actitud hostil en que la poblacion se hallaba, Enrique se despidió de su amigo.

—¿No subes?

—No, tengo que hacer.

—Tomaremos chocolate, y te irás.

—Gracias, Miguel, pero no puedo aceptarlo.

—¿No quedamos antes en que lo tomarias conmigo?

—Es cierto, pero entonces no sabia el secreto de tu prima; sabes que le amo, y verla no seria el remedio mas eficaz para desterrar de mi corazon su imágen.

—Pero eso no debe ser un obstáculo para visitarme; ya te he dicho que lo mio no pasa hasta ahora de un exceso de gratitud hácia su oculto cariño.

—De la compasion al amor no hay mas que un paso.

—Pero....

—Adios, adios.

Dijo Enrique alejándose con el corazón desgarrado, y sin dar lugar á que le contestaran.

Miguel tocó la puerta, y al punto corrió á abrirle Pablo.

—Señor—le dijo con mucho misterio y alegría—tengo muy buenas noticias que comunicar á su merced.

—¿Cuáles?

—Que segun me han dicho, ha muerto en un ligero encuentro con los *preñunciados* el señor D. Fernando.

—¿El esposo de Luisa!

Exclamó Miguel, dejando ver en su semblante un rayo de esperanza y de felicidad.

—El *mesmo*, *asegun* dicen.

—No puede ser, porque acabo de estar con Enrique, y nada me ha dicho.

—Porque no lo sabrá. ¿No sabe su merced que dice un dicho que en casa del ahorcado no hay que mentar la sogá? Pues esto le sucederá á D. Enrique; no lo sabrá, porque nadie se atreverá á mentarle tal cosa.

—¡Ah!..... ¡si fuese cierto.....!

Y Miguel, por la vez primera en su vida, sintió ensancharse el corazón con la noticia de la muerte de un prójimo.

Y es que aquella noticia le abría las puertas del bello ideal que habia soñado realizar al principio de su vida, y que hasta entonces habia cerrado con plancha de hierro el terrible destino.

Aquella noticia operó una revolucion completa en sus proyectos futuros.

Matilde, María, el diario que tanto habia comovido su corazón, todo desapareció ante el risueño porvenir que miró en lontananza.

—Si Luisa es libre, pensó, ella y yo seremos felices para siempre.

Y halagado con esta idea, entró en casa con el semblante risueño, donde le esperaban inquietas sus dos cariñosas primas Matilde y la interesante María.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALTA ESCUELA DE REYES"
MONTERREY, MEXICO

CAPITULO IX.

Administración de Bustamante.

En cuanto la division pronunciada en Jalapa, compuesta de tres mil hombres, se dirigió á Puebla, la guarnicion de México se adhirió al plan, y el presidente Guerrero, viéndose sin soldados para defenderse, abandonó la capital y se refugió en el Sur, acompañado de algunos caballos mandados por Rossi.

Inmediatamente se instaló un gobierno provisional compuesto de los señores Don Lucas Alaman, el general Rayon y D. Pablo Velez, hasta que entrando con sus tropas D. Anastasio Bustamante, se trató de recurrir al congreso, el cual, teniendo pre-

sente el artículo que hablaba de aquellos contra quienes la opinion pública se hubiese manifestado, declaró á Guerrero con incapacidad moral para ejercer la presidencia, y llamó para desempeñarla al general y vice-presidente Bustamante.

Esto pasaba el año de 30, y el general Bustamante, tomó posesion de la presidencia bajo el título de vice-presidente; y para mediados del año mismo, en virtud del artículo antes citado, se depusieron gobernadores y legislaturas enteras, porque así convenia á las miras del nuevo gobierno que empezó á caminar con firmeza, sin alterar las formas federales, aunque de hecho se dirijian todas sus acciones al centralismo. Las lógiás que hasta entonces habian tenido tanto influjo, y que no eran mas que una sociedad permanente de conspiradores, se extinguieron completamente, y la imprenta, que habia estado sometida á la influencia de los miembros principales de ellas, enmudeció desde que D. Anastasio Bustamante fué elevado á la silla presidencial. Colocado óste en el poder, y llevado sin duda del noble

deseo de que la nacion, tan rica en elementos, prosperara, procuró cercarse de hombres distinguidos y de notoria probidad, cuya opinion fuera firme y unísona. Al efecto nombró para el ministerio de relaciones extrangeras á D. Lucas Alaman, de cuyo talento, capacidad y saber, nadie duda: para el de Hacienda á D. Rafael Manjino, para el de Justicia á D. José Ignacio Espinosa; y para el de Guerra y marina á D. José Antonio Facio, hombre que se afanaba por tener bajo un pié brillante el ejército, como que habia sido educado en la guardia real de Fernando VII.

Bustamante puso toda su confianza en sus cuatro ministros, y los dejó obrar libremente; y ellos caminando con una uniformidad admirable y con una firmeza no desmentida, formaron hasta el año de 31 el gobierno mas sólido que han tenido los mexicanos desde que hicieron su Independencia: gobierno duro si se quiere, pero indispensable en aquella época, en que los ánimos inquietos no cesaban de conspirar.

Don Lucas Alaman que era el alma del

gobierno, y que por su talento y buena opinion, era bien quisto de la poblacion sensata, trabajó mucho y con tino, á la vez que sus compañeros, subordinados, por decirlo así, á sus miras, no cesaron tampoco de proporcionar con sus sábias medidas, una éra de paz y de preponderancia hasta entonces desconocida á la madre patria.

El ministro de la guerra, Facio, cuyo empeño, como hemos dicho ya, era tener el ejército bajo un pié brillante, puso en un estado formidable de guerra á los regimientos que estaban de guarnicion en México; y echó mano de los jefes mas adictos á la causa del gobierno, y que por lo mismo serian sus mas fuertes columnas. No contento con esto, hizo que los comandantes generales, estacionados en las capitales de los Estados, y en los cuales tenia depositada toda su confianza, aumentaran y organizaran del mismo modo el ejército, como instrumento preciso para mantener el orden y la tranquilidad; ejército á quien nunca se dejó de pagar, por el empeño con que Manjino, el ministro de Hacienda, atendia, par-

ticipando de las mismas miras que sus compañeros de ministerio. Manjino era un hombre de finos modales, de gracioso personal y de conversacion amena, de pensamientos rectos y de ideas monárquicas. Como afecto al sistema colonial, siguió el método aprendido en la tesorería de los vireyes, y con él tuvo la gloria de haber colocado las cajas públicas en una abundancia de que no habia memoria desde los años de la administracion española, logrando con esto una confianza ciega de la nacion entera. Manjino, sirviéndome de las palabras de otro autor, encontró la renta de aduanas, empeñada en una suma considerable; y sin dar oidos á los agiotistas, y sin que sufriese el crédito del gobierno, suspendió el pago de las libranzas emitidas por Guerrero, y se compuso con los tenedores, destinándoles para su amortizacion una $\frac{1}{16}$ parte del producto de las aduanas, que semanariamente se separaba y se entregaba á los comisionados de aquellos, y continuándose con religiosidad esta operacion, en menos de seis meses se consiguió amortizar toda la deuda

flotante, al mismo tiempo que se mejoró el crédito en lo exterior, separándose en las aduanas otra $\frac{1}{16}$ parte que puntualmente se remitió á Inglaterra por los paquetes, para pago de los intereses de los préstamos contratados allí en el año de 25.

Como las guerras civiles y los trastornos políticos en la presidencia de Guerrero, habian paralizado casi completamente el comercio, éste, que carecia de mercancías, hizo grandes pedidos al verse protegido por un gobierno fuerte que caminaba con tanto acierto, y estos pedidos encontraron la mejor acogida en los grandes comerciantes de Europa, por el buen concepto que tenian formado del gobierno de Bustamante, el cual, como mas sólido que todos los que le habian precedido, les inspiraba mas confianza. Así es que el importe de los derechos del considerable número de efectos y la acertada medida de descargar las aduanas del pago inmediato de las libranzas que estaban pendientes, le produjo al gobierno grandes recursos pecuniarios, que le dieron una fuerza moral sólida.

No se le puede negar á Bustamante el acierto en las medidas que habia tomado para caminar con orden y abundancia en su gobierno, con el objeto de llegar al fin que se habia propuesto; esto es, de centralizar á la nacion. No me entrometeré en analizar si este ó el sistema federal convenia mas á la República; pero lo que sí diré es, que obró con suma cordura en distribuir los destinos entre personas que profesaban sus mismas doctrinas políticas, y personas de conocida probidad y de acendrado patriotismo, que mantuvieran el orden, sin el cual ninguna nacion, por rica que sea, podrá prosperar jamas.

Verdad es que los descontentos criticaban la conducta severa del gobierno, diciendo que trataba de establecer una monarquía; pero la prensa permanecia callada, exceptuando el *Sol*, periódico redactado con bastante juicio, que elogiaba las medidas del gobierno, y el *Registro Oficial*, que entonces se creia era escrito por D. Lucas Alaman, que hablaba siempre en el mismo sentido.

La paz parecia haberse afianzado para

siempre, la deuda extranjera se disminuía, y las arcas nacionales prosperaban. Sin embargo, la calma que reinaba era aparente, y los descontentos trabajaban por derrocar al nuevo gobierno. El general Guerrero, á quien hemos visto internarse en el Sur, abandonando la presidencia, no pudiendo ocultar por mas tiempo su resentimiento contra Bustamante, reunió un número considerable de hombres, y se pronunció, diciendo que era ilegítimo su gobierno, y apelando de nuevo á los Estados para que ellos resolvieran quién debia ser el primer magistrado. La desgarradora revolucion asomó de nuevo su terrible cabeza, pero el ministerio de Bustamante acudió inmediatamente á cortársela. Todo el ejército se ofreció con el mayor placer á ir á combatir contra Guerrero, no obstante el conocimiento de lo mortífero del país que tenian que invadir, porque todo el ejército estaba mandado por jefes adictos al gobierno, y el soldado bien pagado, bien equipado y bien quisto.

En virtud de esto, y de la abundancia

del erario, Bustamante envió inmediatamente contra Guerrero una fuerte division mandada por el general Armijo.

Miguel que, como pundonoroso militar disfrutaba de una reputacion brillante en el ejército, fué elegido por ayudante de Armijo que hiciera al mismo tiempo las veces de secretario, y partió á la campaña del Sur, halagado por la idea de encontrar á Luisa, y con el sentimiento de dejar á su prima, cuyo cariño, virtudes y ternura le interesaban mas cada dia.

—No le abandones, Pablo—le dijo María al indio que tambien quiso marchar con su amo á la campaña—el país adonde vais, es mal sano, y si se enferma, quiero tener el consuelo de saber que está cuidado por tí.

—Pierda su merced cuidado, señorita: que donde *quera* que se *jaye*, allí estará el indio Pablo á defender á su *gilen* amo.

Miguel se despidió de sus primas, ahogando en su corazon las lágrimas que anhelaban asomar á los ojos, y mientras María y Matilde deshechas en llanto, quedaban

rogando á Dios por la pronta vuelta de su primo, este se alejaba de la ciudad al lado del valiente general Armijo, que partia á sofocar la revolucion del Sur.

Véamos ahora cómo se preparaba Guerrero, á cuyo lado se encontraba Rossi, á recibir á sus contrarios.

CAPITULO X

La muerte del ex-presidente y general D. Vicente Guerrero, a quien declaró el congreso el 4 de febrero de 1830, por incapacidad de gobierno, se produjo en el día del Sur nombrado de Rosas, y de su grande que no se reñobaron en la época cuando el país conocido por venir con el nombre y se hizo a combatir contra Atlixo, que avanzaba a cargo de terminos con los señores del gobierno. Miguel, conato de interese en el país en que estaba, halla en Luisa, desde el momento del punto de su hijo, se halla con la esperanza de encontrarla.